

nos diges conque se holgasen; en lo demas tratóla honestamente. Tras de esto ya que quería enviar una de aquellas mozas á llamar á el marido y señor para hablarle, y que viesse que bien tratados estaban sus hijos y muger, llegaron algunos isleños á ver lo que pasaba por mandado del señor *Calachuni*, y saber de la muger: dióles Cortés algunas cosillas de rescate para sí, y otras para el *Calachuni* su señor, y los volvió á enviar para que le rogasen de su parte y de la muger, que viesse á verse con aquella gente de quien sin causa huía, que él le prometia, que ni persona ni casa de la isla recibiria daño ni enojo de aquellos sus compañeros. El *Calachuni* como entendió esto, y con el amor de los hijos y muger, se vino al otro dia con todos los hombres del lugar en el cual estaban ya muchos españoles aposentados, que no consintió que se saliesen de las casas, antes mandó que los repartiesen entre sí, y los proveyesen muy bien de allí adelante de mucho pescado, pan, miel y frutas. El *Calachuni* habló á Cortés con grande humildad y ceremonias, y así fué muy bien recibido, y amorosamente tratado; y no solo le mostró Cortés por señas y palabras la buena obra que los españoles le querian hacer, sino por dádivas, y así le dió á él, y á otros muchos de aquellos suyos cosas de rescate, las cuales aunque entre nosotros son de poco valor, ellos las estiman mucho, y tienen en mas que al oro, tras que todos andaban. Demas de esto mandó Cortés, que todo el oro y ropa que se habia tomado en el pueblo lo trajesen ante sí, y allí conoció cada isleño lo que era suyo, y se le volvió, de que no quedaron poco contentos, y maravillados. Aquellos indios fueron muy alegres y ricos con las cosillas de España por toda la isla á mostrarlas á los otros, y mandarles de parte del señor *Calachuni*, que se tornasen á sus casas con sus hijos y mugeres seguramente y sin miedo, por quanto aquella gente extrangera era buena y amorosa. Con estas nuevas y mandamiento se volvió cada uno á su casa y pueblo, que tambien de otros se habian ido como los de éste, y poco á poco perdieron á los españoles el miedo que tenian, y de esta manera estuvieron seguros y amigos, y proveyeron abundantemente al ejército todo el tiempo que en la isla estuvo, de miel y cera, de pan, pescado y fruta.

CAPITULO 10

De como de Acuzamil dieron nuevas á Cortés de Gerónimo de Aguilar que fué intérprete de los españoles.

Como Cortés vió que estaban asegurados de su venida, y muy domésticos y serviciales, pensó de quitarles los idolos, y darles la cruz de Jesucristo, y la imágen de su santísima Madre y Virgen Santa Maria, y para esto hablóles un dia por

la lengua que llevabz, la cual era un Melchór que llevó Francisco Hernandez de Córdoba; pero como era pescador era rudo, ó por mejor decir simple, y parecia que no sabia hablar, ni responder. No obstante les dijo que les queria dar mejor ley y Dios de los que tenian: respondieron que muy enhorabuena, y así los llamó al templo, hizo decir misa, quebró los dioses, y puso cruces é imágenes de nuestra Señora, lo cual adoraron con devoción, y mientras allí estuvo no sacrificaron como solian. No se hartaban de mirar aquellos isleños nuestros caballos y naos, y así nunca paraban de ir y venir, y tanto se maravillaron de las barbas y color de los nuestros, que llegaban á tentarlos, y hacian señas con las manos á Yucatán, de que estaban allá cinco ó seis hombres barbados muchos solos habia (que así llamaban á los españoles). Fernando Cortés considerando quanto le importaria tener buen faraute para entender, y ser entendido el language, rogó al cacique *Calachuni* le diese alguno de los indios que llevase alguna carta á los barbados que decian estaban allá; mas él no halló quien quisiese ir con semejante recado de miedo del que lo tenia que era gran señor y cruel, y tal, que sabiendo la embajada sin duda mandaria matar y comer al que la llevase. Viendo esto Cortés halagó tres isleños que andaban muy serviciales en su posada, dióles algunas cosillas, y rogóles que fuesen con la carta; los indios se escusaron mucho de ello porque tenian por cierto que los matarian; pero al fin pudieron tanto los ruegos y dádivas, que prometieron ir, y así escribió luego una carta, que en suma decia así. „Nobles señores, yo parti de Cuba con once navios de armada y con quinientos cincuenta españoles, y llegué aquí á *Acuzamil*, de donde os escribo esta carta. Los de esta isla me han certificado que hay en esa tierra cinco ó seis hombres barbados, y en todo muy semejantes á nosotros, no me saben dar razon ni decir otras señas; mas por éstas congeturo y tengo por cierto que sois españoles, y yo, y estos hidalgos que conmigo vienen á descubrir y poblar estas tierras, os rogamus mucho, que dentro de seis dias que recibierdes esta, os vengais con nosotros, sin poner otra dilacion ni escusa. Si viniereis, todos conoceremos la buena obra que de vosotros recibirá esta armada, y la gratificaremos. Un bergantín envió en que vengais, y dos naos para seguridad. *Fernando Cortés.*” Escrita ya esta carta hallóse otro inconveniente para que no la llevasen, y era el no saber como llevarla encubierta para no ser vistos ni barruntados por espías de que los indios temian. Entonces Cortés se acordó de que iria bien envuelta en los cabellos de uno, y así tomó al que parecia mas avisado y para mas que los otros, y atóle la carta entre los cabellos, que de costumbre los traen largos, á la manera que se los atan ellos en las guerras ó fiestas, que es como trenzado á la frente. En el bergantín en que fueron estos indios, iba

por capitán Juan de Escalante, de las naves Diego de Ordáz, con cincuenta hombres para si fuesen menester: fueron pues estos navios, y Escalante echó los indios en tierra en la parte que le dijeron. Esperaron ocho dias, aunque no les dijeron sino que los esperarían seis, y como tardaban, creyeron que los habrían muerto ó cautivado, y tornáronse á Acuzamil sin ellos, cosa que sintieron mucho los españoles, y mas que todos Cortés, creyendo que no era verdad aquello de las babas, y que tendrían falta de lengua. Mientras pasaban estas cosas se repararon los navios del daño que habían recibido con el temporal pasado, y se pusieron á punto, y así se partió la flota luego que llegaron el bergantín y las dos naves.

CAPITULO II.

Venida de Gerónimo de Aguilar á Fernando Cortés.

Mucho les pesaba (á lo que mostraron) la partida de los cristianos á los isleños, y en especial al cacique *Calachumí*, y es cierto que á ellos se les hizo buen tratamiento y amistad. De Acuzamil fué la flota á tomar la costa de Yucatán, á donde es la punta de las mugeres, con buen tiempo, y surgió allí Cortés para ver la disposición de la tierra, y la manera de la gente, que no le contentó. Otro día siguiente (que fué carnes-tolendas) oyeron misa en tierra, hablaron á los que vinieron á verlos, y embarcados quisieron doblar la punta para ir á *Catoche*, y tentar que cosa era; pero antes que la doblasen, tiró la nao en que iba el capitán Pedro de Alvarado un cañonazo en señal de que corría peligro: acudieron allá todos á ver que cosa era, y como Cortés supo que era tanta agua, que con dos bombas no la podían agotar, y que si no tomando puerto no se podía remediar, tornóse á Acuzamil con toda la armada. Los de la isla acudieron luego á la mar muy alegres á saber que querían, ó que se habían olvidado, y los nuestros les contaron su necesidad, y se desembarcaron y remediaron el navio. El sábado siguiente se embarcó toda la gente, menos Fernando Cortés y otros cincuenta; revolvió entonces el tiempo con grande viento y contrario, que les impidió la marcha aquel día. Duró aquella noche la furia del aire, pero amansó con el sol, y quedó la mar buena para poder embarcarse y navegar; pero por ser el primer domingo de cuaresma, determinaron oír misa y comer primero. Estando Cortés comiendo le digeron como atravesaba una canoa á la vela de Yucatán para la isla, y que venía derecha ácia donde estaban las naos surtas. Salió él á mirar á donde iban, y como vió que se desviaba algo de la flota dijo á Andrés de Tapia, que fuese con algunos compañeros ácia la orilla del agua encubiertos, hasta ver si salían los hombres á tierra, y si saliesen se los trajesen. La canoa tomó tier-

ra tras una punta ó abrigo, y salieron de ella cuatro hombres desnudos en carnes, sino era sus vergüenzas, los cabellos trenzados y enroscados sobre la frente como mugeres, y con muchos arcos y careaces en las manos, tres de los cuales tuvieron miedo cuando vieron cerca de sí á los españoles, que habían arremetido á ellos para cogellos con las espadas desnudas, y querían huir de la canoa, y el otro se adelantó hablando á los compañeros en lengua que los españoles no entendieron, que no huyesen ni temiesen, y dijo luego en castellano: ¿Señores, sois cristianos? Respondieron que sí, y que eran españoles; alegróse tanto con esta respuesta, que lloraba de placer. Preguntó si era miércoles, que tenía unas horas que rezaba cada día: rogóles que diesen gracias á Dios, y él hincóse de rodillas en el suelo, alzó las manos y ojos al cielo, y con muchas lágrimas hizo oración á Dios, dándole gracias infinitas por la merced que le hacía en sacarlo de entre infieles y hombres infernales, y ponerle entre cristianos y hombres de su nación. Andrés de Tapia se llegó á él, y lo ayudó á levantar, y lo abrazó, y lo mismo hicieron los demás españoles, y él dijo á los tres indios que lo siguiesen, y vino con aquellos españoles hablando y preguntando cosas hasta donde estaba Cortés, el cual le recibió muy bien, y le hizo vestir, y le dió todo lo que hubo menester con gusto de tenerle en su poder: le preguntó su desdicha, y como se llamaba; él respondió alegremente delante de todos, „Señor yo me llamo *Gerónimo de Aguilar* y soy de *Exija*, y perdíme de esta manera. Estando en la guerra del Darién, y en las pasiones y desventuras de Diego de Nieueza, y Vasco Nuñez Balboa, acompañé á Valdivia, que vino en una pequeña carabela á Santo Domingo á dar cuenta de lo que allí pasaba al almirante y gobernador, y por gente y viatualla, y á traer 20000 ducados del rey el año de 1511, y ya que llegábamos á Jamaica, se perdió la carabela en los bajos que llaman de las *Viboras*, y con dificultad entramos en el batel veinte hombres sin vela, sin agua, sin pan, y con muy mal avío de remos, y así anduvimos trece ó catorce dias, y al fin nos echó la corriente que allí es muy grande y recia, y siempre va tras el sol á esta tierra á una provincia que dicen *Maya*. En el camino se murieron de hambre siete, y aun creo que ocho. A Valdivia y á otros cuatro sacrificó á sus ídolos un malvado cacique á cuyo poder venimos, y despues se los comió haciendo fiesta y plato de ellos á otros indios: y yo y otros seis quedamos en *caponera* á engordar para otro banquete y ofrenda. Por huir de tan abominable muerte, rompimos la prisión y nos escapamos por unos montes, y quiso Dios que topamos con otro cacique enemigo de aquel, y hombre humano, que se dice Aquinquez señor de Xamanzana, el cual nos amparó y dejó las vidas con servidumbre; pero vivió poco. Despues acá yo hé estado con Taxmar que le sucedió; poco á po-

co se murieron los otros cinco españoles nuestros compañeros, y no hay sino yo, y un Gonzalo Guerrero marineró, que está con *Nachancan* señor de *Chetemat*, el cual se casó con una señora rica de aquella tierra y en quien tiene hijos, y es capitán de *Nachancan*, y muy estimado por las victorias que le gana en las guerras que tiene con sus comarcanos. Yo le envié la carta de vd. y le rogué que se viniese, pues había tan buena coyuntura y proporcion: él no quiso, creo que de vergüenza por tener oradadas las narices, picadas las orejas, pintado el rostro y manos según la costumbre de aquella tierra, y gente, ó por vicio de la muger y amor de los hijos." Gran temor y admiración puso en los oyentes este cuento de Gerónimo de Aguilar, con decir que en aquella tierra comían y sacrificaban hombres, y por la desventura que aquel y sus compañeros habían pasado; pero daban gracias á Dios por verle libre de gente tan inhumana y bárbara, y por tenerle por fauente cierto y verdadero, les pareció milagro haber hecho agua la nao de Alvarado, para que con aquella necesidad tornasen á la isla, donde sobreviniendo contrario viento fuesen constreñidos, hasta que este Aguilar viniese; que sin duda él fué la lengua y medio para hablar, entender, y tener cierta noticia de la tierra por donde entró, y fué Fernando Cortés; por cuyo motivo he querido alargarme en contar de la manera que vino á nuestra flota, como punto notable de esta historia. Ni dejaré de decir como enloqueció su madre de dicho Aguilar, cuando oyó decir que su hijo estaba cautivo en poder de gentes que comían hombres, y de allí adelante daba voces en viendo carne asada ó espetada, gritando: „desventurada de mí! este es mi hijo y mi bien, no lo comais, que me da gran pena."

CAPITULO 12.

De como Cortés deshizo los ídolos en Acuzamil.

Luego á otro día que Aguilar fué venido, tornó Cortés á hablar á los Acuzamilanos para informarse mejor de las cosas de la isla; pues serían bien entendidas con tan fiel intérprete, y para confirmarlos en la veneración de la cruz, y apartarlos de la de los ídolos, considerando que aquel era el verdadero camino para dejar la gentilidad y tornarse cristianos; y á la verdad la guerra y la gente con armas es para quitar á estos indios los ídolos, los ritos bestiales, y sacrificios abominables que tienen de sangre y comida de hombres, que derechamente es contra Dios y natura, porque con esto mas fácilmente, mas presto y mejor reciben, oyen y creen á los predicadores, y toman el evangelio y el bautismo de su propio grado y voluntad, en que consiste la cristiandad y la fe. Gerónimo de Aguilar predicó aconsejándoles su salvación, y con

lo que les dijo, ó porque ya ellos habían comenzado, se alegraron que les acabasen de derribar los ídolos, y aun ellos mismos ayudaron á ello, quebrando y desmenuzando lo que poco antes adoraban, y en un instante no dejaron ídolo sano ni en pie estos españoles, y en cada capilla y altar ponían una cruz, y la imagen de nuestra Señora á quien todos aquellos isleños adoraban con gran devoción y oraciones, y ponían su incienso, ofrecían codornices, maíz, frutas, y las otras cosas que solían traer al templo por ofrenda; y tanta devoción tomaron con la imagen de nuestra Señora de Santa Maria, que salían despues con ella á los navios españoles que tocaban en la isla, diciendo *Cortés, Cortés*, y cantando *Maria, Maria*, como hicieron á Alonso de Parada, á Pánfilo de Narváez y á Cristóbal de Olid, cuando pasaron por allí; y demas de esto rogaron á Cortés que les dejase quien les enseñase, como habían de creer y servir al Dios de los cristianos; pero él no quiso de miedo no los matasen, y porque llevaba pocos clérigos y frailes en lo cual no acertó; pues de tan buena gana lo querían y pedían, aunque despues se ha poblado de cristianos.

CAPITULO 13.

De como se nombró la isla de Acuzamil Santa Cruz.

Llámanla los naturales Acuzamil, y corruptamente Cozumél. Juan de Grijalba que fué el primer español que entró en ella la nombró Santa Cruz, porque á 3 de mayo la vió. Tiene hasta diez leguas en largo y tres de ancho, aunque hay quien diga mas y menos. Está en veinte grados á la parte equinoccial ó poco menos, y cinco ó seis leguas de la punta de las mugeres. Tiene hasta dos mil hombres en tres lugares que hay. Las casas son de piedra y ladrillo con la cubierta de paja ó rama, y aun algunas de lanchas de piedra, los templos y torres de cal y canto muy bien edificadas. Tiene poca agua y ésta de pozos y llovediza. Calachuni es como decir cacique ó rey: son morenos, andan desnudos, si algun vestido traen es de algodón, y para tapar lo vergonzoso; crían largo cabello, y trenzanselo muy bien sobre la frente; son grandes pescadores, y así el pescado es casi su principal manjar; bien que tiene mucho maíz para pan, muchas frutas y buenas; tiene tambien mucha miel, aunque agréa un poco y colmenares de á mil, y mas colmenas algo chicas; no sabian alumbrarse con la cera, enseñáronles los nuestros, y quedaron espantados y contentos: hay unos perros con rostro de raposo que castran y ceban para comer: no ladran: con pocos de ellos hacen casta las hembras; como hay sierras, y en lo bajo montes y pastos críanse muchos venados, puercos monteses, conejos y liebres aunque pequeñas, de todo lo cual mataron en cantidad los españoles con ballestas y

escopetas, y con los perros y liebres que llevaban, y sin la que comieron fresca, cenizaron, y curaron al sol mucha carne; re-tájense, son idólatras, sacrifican niños pero pocos, y muchas veces perros en su lugar; en lo demas de su trato, es gente pobre, pero caritativa y muy religiosa en aquella su falsa reencia.

CAPITULO 14.

De la religion que usan los de Acuzamil, y de sus templos ó cues.

El templo es como torre cuadrada, ancha del pie, y con gradas al rededor, derecha de medio arriba, y en lo alto hueca y cubierta de paja, con cuatro puertas ó ventanas con sus antepechos ó corredores. En aquello hueco que parece capilla, asientan ó pintan sus dioses, tal era el que estaba á la marina, en el cual habia un extraño ídolo, y muy diverso de los demas, aunque ellos son muchos y muy diferentes. Era el bulto de aquel ídolo grande, hecho de barro, y cocido pegado á la pared con cal, á las espaldas de la cual habia una como sacristia donde estaba el servicio del templo, del ídolo y de sus ministros. Los sacerdotes tenian una puerta secreta y chica hecha en la pared á par del ídolo. Por allí entraba uno de ellos, embutíase en el hueco del bulto, y hablaba y respondia á los que venian en devocion y con demandas. Con este engaño creian los simples hombres quanto su dios les decia, al cual honraban mucho mas que á los otros, con sahumerios muy buenos hechos como pevetes ó de copal, que es como incienso, con ofrendas de pan, y frutas, con sacrificios de sangre de codornices y otras aves, y de perros y algunas veces de hombres. A causa de este oráculo ó ídolo, acudian á esta isla de Acuzamil muchos peregrinos y gente devota y agorera de lejas tierras, y por eso habia tantos templos y capillas. Al pie de aquella misma torre estaba un cercado de piedra y cal, muy bien lucido y almenado, en medio del cual habia una cruz de cal tan alta como diez palmos, á la cual tenian y adoraban como Dios de la lluvia; porque cuando no llovia, y habia falta de agua, iban á ella en procesion muy devotos, y le ofrecian codornices sacrificadas por aplacarle la ira y enojos que con ellos tenia, ó mostraba tener con la sangre de aquella simple avecilla. Quemaban tambien cierta resina á manera de incienso, y rociábanla con agua. Tras esto tenian por cierto que luego llovia, tal era la religion de estos acuzamilanos, y no se pudo saber donde, ni como tomaron devocion con aquel Dios de cruz; porque no hay rastro ni señal en aquella isla, ni en otra parte de Indias que se haya predicado el evangelio, como mas largamente se dirá en otro lugar hasta nues-

tros tiempos, y nuestros españoles. Estos de Acuzamil estimaron mucho de allí adelante la cruz, como quien estaba hecho á tal señal (2).

CAPITULO 15.

En que se cuenta del pez Tiburón y otras cosas maravillosas.

Mes y medio gastó Cortés en lo que tenemos dicho hasta ahora despues que dejó á Cuba. Partiése pues de esta isla dejando á los naturales de ella muy amigos de españoles, y tomando mucha cera y miel que les dieron pasó á Yucatán, y fuese pegado á tierra para buscar el navio que le faltaba; y cuando llegó á la punta de las mugeres calmó el tiempo, y se estuvo allí dos dias esperando viento, en los cuales tomaron sal, que hay allí muchas salinas, y un tiburón con anzuelo y lazo no le pudieron subir al navio, porque ocupaba mucho lazo y era chico, y el pez muy grande. Desde el batel le mataron en el agua y le hicieron pedazos, y lo metieron dentro del batel y de él en el navio con los aparejos de guindar. Halláronle dentro mas de cincuenta raciones de tocino en que aseguran habria diez tocinos que estaban á desolar, colgados al rededor de los navios, y como el tiburón es tragon, que por eso algunos le llaman ligurón, y halló tan buena prevencion pudo engullir á su voluntad. Tambien se halló dentro de su buche un plato de estaño que cayó de la nao de Pedro de Alvarado, y tres zapatos desechados, y un queso. Esto afirman de aquel tiburón, y cierto él traga tan desafortadamente que parece increíble; porque yo he oido jurar á Dios á personas de bien, que han visto muchas veces estos tiburones muertos y abiertos, que se han hallado dentro de ellos cosas, que si no las vieran las tuvieran por imposibles, como decir que un tiburón se tragó uno, dos y mas pellejos de carneros con la cabeza y cuernos enteros, como los arrojan á la mar por no pelarlos. Es el tiburón un pez largo y gordo, y algunos de ocho palmos de cinta, y de doce pies de largo: muchos de ellos tienen dos órdenes de dientes, una junto á otra, que parecen sierra ó almenas; la boca es á proporcion del cuerpo, el buche disforme de grande, tiene el cuero como tollo; el macho

[2] Santo Tomás Apóstol ó sea el gran Quetzalcohuatl fué el Apóstol que predicó en esta América, y el que enseñó á los indios á que adorasen la señal sagrada de la cruz. Esto en el día es punto incuestionable, y demostrado por las sábias disertaciones del Dr. D. Servando Teresa de Mier. Véase su historia de la revolucion de Nueva España impresa en Londres años de 1813 y 14.

tiene dos miembros para engendrar, y la hembra no mas de uno, la cual pare de una vez veinte ó treinta tiburoncillos, y aun cuarenta. Es pescado que acomete á una vaca y á un caballo cuando paca ó bebe á orillas de agua y de los rios, y se come un hombre como quiso hacer uno al Calachuni de Acuzamil, que le cortó los dedos de un pie, porque no lo pudo llevar todo entero porque le socorrieron. Es tan goloso, que se va tras una nao por comer lo que de ella echan y cae, quinientas y aun mil leguas, y es tan ligero que anda mas que ella, aunque lleve el mas próspero viento; y dicen que tres tantos mas; porque al mayor correr de la nao, le da él dos y tres vueltas al rededor, y tan somero, que se parece y ve como lo anda. No es muy bueno de comer por ser duro y desabrido, aunque bastece mucho un navio hecho tajajos en sal ó al aire. Cuentan aquellos de la armada de Cortés, que comieron del tocino que sacaron al tiburón del cuerpo, que sabia mejor que lo otro, y que muchos conocieron sus raciones por las ataduras y cuerdas.

CAPITULO 16.

Que la mar crece mucho en Campeche no creciendo por allí cerca.

Con el buen tiempo que hizo luego se marchó de allí la flota en busca del navio perdido, y hacia Cortés entrar con los bergantines y barcas de naos en los rios y calas á buscarlo; y aun estando al lado de Campeche surtos los navios en la playa, viendo los bergantines y barcos que andaban entre ciertas goletas á descubrir el que faltaba, por poco se quedarán en seco, aunque estaban casi una legua dentro de la mar; tanta es la menguante y creciente que hace allí. No crece así sino la mar del Labrador en Paria. Nadie sabe la causa de ello, aunque dan muchas, pero ninguna satisface, y dicen que si no fuera por esto que saltaran en tierra á vengar á Francisco Hernandez de Córdoba del daño que allí recibió. Navegando pues pegados siempre á tierra, emparejaron con una gran cala que ahora llaman puerto escondido, en la cual se hacen algunas isletas, y en una de ellas estaba el navio que buscaban. Cortés y todos se alegraron infinito de hallarle sano, y á toda la gente salva y buena, y lo mismo hicieron ellos por ser hallados, que tenían temor de si por estar solos y no bien proveidos, y la flota no fuese perdida ó hubiese pasado adelante, y sin duda no hubieran podido sufrir allí el hambre tanto tiempo, si no fuera por una lebrela; mas como ella los proveia y era por allí la derrota y camino de la armada, esperaron al capitán con harto miedo, no le hubiese sucedido otra como á Grijalba, ó á Francisco Hernandez de Córdoba. Como surgieron todos al

donde aquel navio estaba, y se holgaron unos con otros como era razon: preguntados como tenían por las jarcias tantos pellejos de liebres, conejos y venados, dijeron que luego que allí llegaron, vieron andar por la costa un perro ladrando y escarbando frente del navio, y que el capitán y otros salieron á tierra, y hallaron una lebrela de buen talle que se vino para ellos; halagólos con la cola saltando de unos á otros con las manos, y luego se fué al monte que estaba cerca, y de allí á poco volvió cargada de liebres y conejos, y al otro dia hizo lo mismo, y así conocieron que habia mucha caza por aquella tierra, y se fueron tras ella con algunas ballestas que venian en el navio, y se dieron tan buena diligencia á cazar, que no solamente se habian mantenido de carne fresca los dias que allí habian estado (aunque era cuaresma), pero que tambien se habian bastecido de cecina de venados y conejos para muchos dias: en memoria de aquello pegaban por las jarcias las pieles de venados y conejos, y tendian al sol las de los ciervos para secarlos; no supieron si la lebrela fué de Córdoba ó de Grijalba,

CAPITULO 17.

Combate y toma de Pontúchan (hoy Champotón).

No se detuvo allí la flota, sino que se partió luego muy alegres todos en haber hallado á los que tenían por perdidos, y sin parar fueron hasta el rio de Grijalba, que en aquella lengua se dice Tabasco; no entraron dentro porque pareció que era la barra muy baja para los navios mayores, y así echaron áncoras á la boca. Acudieron luego á mirar los navios y gente muchos indios, y algunos con armas y plumages, que segun parecia desde la mar eran hombres lucidos y de buen parecer, y no se maravillaban casi de ver nuestra gente y velas, por haberlas visto al tiempo que Juan de Grijalba entró por aquel mismo rio. A Cortés le pareció bien la traza de aquella gente, y el asiento de la tierra, y dejando buena guarda en los navios grandes, metió la demas gente española en los bergantines y batèles que venian por popa de las naos, y ciertas piezas de artilleria, y entróse con ello el rio arriba contra la corriente que era muy grande. A poco mas de media legua que subian por él, vieron un gran pueblo con las casas de adobe y los tejados de paja, el cual estaba cercado de madera con bien gruesa pared, almenas y troneras para flechar y tirar piedras y varas. Un poco antes que los nuestros llegasen al lugar salieron á ellos muchos barquillos, que allí llaman *thaucup*, llenos de hombres armados, mostrándose muy feroces y ganosos de pelear. Cortés se adelantó haciendo señas de paz, y les habló por Gerónimo de Aguilar, rogándoles recibiesen

bien á él y á sus compañeros, pues no venian á hacerles mal, sino á tomar agua dulce y á comprar que comer, como hombres que andauo por la mar tenían necesidad de ello: por tanto que se lo diesen que ellos pagarian. Muy cortésmente los de las barquillas dijeron que irian con aquel mensage al pueblo y les traerian respuesta y comida. Fueron y tornaron luego trayendo en cinco ó seis barquillos, pan, fruta y otros gall pabos, y diéronselo todo dado. Cortés les mandó decir, que aquello era muy corta provision para la necesidad grande que traian, y para tantas personas como venian en aquellos grandes bajeles, que ellos aun no habian visto por estar cerrados, y que les rogaba mucho que les trajesen bastante, ó le consintiesen entrar en el pueblo á abastecerse. Los indios pidieron aquella noche de término para hacer lo uno ó lo otro de aquello que les rogaba, y con esto se fueron al lugar, y Cortés á una islica que el rio hace á esperar la respuesta para otro dia de mañana. Cada uno de ellos pensó engañar al otro; porque los indios tomaron aquel espacio para tener tiempo de alzar aquella noche su ropilla, y poner en cobro sus mugeres é hijos por los montes y espesuras, y llamar gente á la defensa del pueblo, y Cortés mandó luego salir á la isleta todos los escopeteros y ballesteros, y otros muchos españoles que aun se estaban en los navios, é hizo ir el rio abajo ó arriba á buscar vado. Entrambas cosas se hicieron aquella noche sin que los contrarios ocupados en solas sus cosas los sintiesen; porque todos los de las náos se vinieron donde Cortés estaba, y los que fueron á buscar vado andubieron tanto la rivera arriba tentando las corrientes, que á menos de media legua hallaron por donde pasar aunque hasta la cinta, y tambien hallaron tanta espesura, y tan cubiertos los montes por una y otra rivera, que pudieron llegar hasta el lugar sin ser sentidos ni vistos. Con estas nuevas señaló Cortés dos capitanes, y á cada uno ciento cincuenta españoles que fueron Alonso de Avila, y Pedro de Alvarado, y envió en esta misma noche con guia á meterse en aquellos bosques que estaban entre el rio y el lugar, con dos fines; uno, porque los indios viesen que no habia mas gente en la isleta que el dia antes; y otro, para que oyendo la señal que concertó, diesen en el lugar por la otra parte de tierra. Al otro dia al salir el sol vinieron hasta ocho barcas de indios armados mas que primero adonde los nuestros estaban; trajeron alguna poca comida, y dijeron que no podian dar mas, que los vecinos del pueblo habian echado á huir de ellos y de sus disformes navios; por tanto que les rogaban mucho tomasen aquello, y se tornasen á la mar, y no hiciesen desasosegar la gente de la tierra ni la alborotasen mas. A esto respondió Aguilard diciendo, que era inhumanidad dejarlos perecer de hambre, y que si le escuchasen la razon por qué habian venido allí, que verian cuanto bien y provecho se les seguiria de ello. Replie-

earon los indios que no querian consejo de gente que no conocian, ni menos acogerios en sus casas, porque les parecian hombres terribles y mandones, y que si querian agua que la cogiesen del rio ó hiciesen pozos en tierra, que así hacian ellos cuando la habian de menester. Viendo Cortés que eran por demas paabras, díjoles que en ninguna manera él podía dejar de entrar en el lugar, y ver aquella tierra para dar y tomar relacion de ella al mayor señor del mundo que así le enviaba, que lo tuviesen á bien, pues lo deseaba hacer por bien, y si no que se encomendaria á Dios, á sus manos y á las de sus compañeros. Los indios no decian mas de que se fuesen, y no quisiesen bravear en tierra agena, porque en ninguna manera le consentirian salir á ella, ni entrar en su pueblo, antes le avisaban, que si luego no se iba de allí, que le matarian á él, y á cuantos con él iban.

CAPITULO 18.

En que se cuenta la batalla que se dió á los indios de Pontichan.

No quiso Cortés hacer con aquellos bárbaros sino todo cumplimiento segun razon, y conforme á lo que los reyes de Castilla mandan en sus instrucciones, que es requerir una, dos y mas veces con la paz á los indios antes de hacerles guerra, ni entrar por fuerza en sus tierras y lugares, y así les torció á requerir con la paz y buena amistad, prometéndoles buen tratamiento y libertad, y ofrecéndoles la noticia de cosas tan provechosas para sus cuerpos y almas, que se tendrian por bienaventurados despues de sabidas; pero que si todavia portaban en no acogerle y admitirle, que les aperebia y emplazaba para la tarde antes del sol puesto, porque pensaba con ayuda de Dios dormir en aquel pueblo en aquella noche, á pesar y daño de los moradores que rehusaban su buena amistad y conversacion y la paz. De esto se rieron mucho, y moñando se fueron al lugar á contar las soberbias y locuras que les parecia haber oido. Luego que se fueron los indios comieron los españoles, y de allí á poco se armaron y metieron en las barcas y bergantines, y aguardaron allí á ver si los indios tornaban con alguna buena respuesta; pero como declinaba ya el sol y no venian, avisó Cortés á los españoles que estaban puestos en celada, y él embrazó su rodela, y llamando á Dios, á Santiago y á S. Pedro su abogado, arremetió al lugar con los españoles que allí estaban, que serian hasta doscientos, y llegando á la cerca que tocaba en agua, y los bergantines á tierra, soltaron los tiros, y saltaron al agua hasta el muslo todos, y comenzaron á combatir la cerca y baluartes, y á pelear con los enemigos que habia rato que les tiraban saetas, varas y pic-

dras con hondas y á manos, y entonces viendo cerca de sí los contrarios, peleaban reciamente de las almenas á lanzadas, y flechando muy á menudo por las saeteras y travesías del muro en que hirieron casi veinte españoles; y aunque el humo, el fuego y trueno de los tiros los espantó y embarazó, y derribó en el suelo de temor en oír y ver cosa tan temerosa, y por ellos jamas vista, no desampararon la cerca ni la defensa; tambien los nuestros resistian igualmente la fuerza y golpes de sus contrarios, y no les dejaron entrar por allí, si no por detras salteados; luego que los trescientos españoles oyeron la artilleria desde donde estaban emboscados, que era la señal para acometer ellos tambien, arremetieron al pueblo; y como toda la gente de él estaba embebecida peleando con los que tenian delante, y les querian entrar por el río, halláronlo solo y sin resistencia por la parte que ellos habian de entrar, y entraron con grandes voces hiriendo al que encontraban. Entonces los del lugar conocieron su descuido, y quisieron socorrer aquel peligro, y así aflojaron por donde Cortés estaba peleando, y pudo entrar con los que á su lado acometian sin otro peligro ni contradiccion; y así unos por una parte, y otros por otra, llegaron á un tiempo á la plaza peleando siempre con los vecinos, de los que no quedó ninguno en el pueblo, sino los muertos y presos, que los otros lo desampararon y se fueron á meter en los montes con las mugeres que estaban allí. Los españoles escudriñaron las casas, y no hallaron sino maiz y gallinabos, y algunas cosas de algodón y poco rastro de oro, que no estaban dentro mas de cuatrocientos hombres de guerra á defender el lugar. Derramóse mucha sangre de indios en la toma de este lugar por pelear desnudos: heridos fueron muchos, y cautivos quedaron pocos: no se contaron los muertos. Cortés se aposentó en el templo de los ídolos con todos los españoles, y cupieron muy á placer porque tenian unos patios y salas muy buenas y grandes. Durmieron allí aquella noche á buena guarda como en casa de enemigos, mas los indios no osaron hacer nada. De esta manera se tomó Pontóchan ó Champotón que fué la primera ciudad que Fernando Cortés ganó por fuerza en lo que descubrió y conquistó (viernes 25 de marzo de 1519).

CAPITULO 19.

De las demandas y respuestas entre Cortés y los pontochanos.

Otro dia por la mañana hizo Cortés venir ante sí los indios heridos y presos, y mandóles por su faraute ir á donde estaba el señor con los demas indios del lugar á decirles, que del daño hecho ellos se tenian la culpa y no los cristianos, que les habian rogado con la paz tantas veces, y que si querian vol-

verse á sus casas y pueblo lo podian hacer seguramente, que él les prometia por su Dios que no les seria hecho el menor enojo de esta vida, sino todo placer y buen tratamiento, y al señor que si no se confiaba de la palabra y fe que le daba, que le daria rehenes, porque deseaba mucho hablarle y conocerle, é informarse de él de algunas cosas que deseaba saber, y darle noticia de otras que se alegraria saber y se aprovecharia; y que si no queria venir, que supiese de cierto que él lo iria á buscar, y á proveerse de bastimentos por sus dineros; despidiólos con esto, y enviólos contentos y libres que ellos no pensaban. Los indios fueron muy alegres, y dijeron á los otros vecinos lo que les fué mandado; pero no vino hombre de ellos, antes se juntaron para dar en los nuestros de sobresalto, creyendo hallarlos descuidados ó encerrados á donde los pudiesen pegar fuego, si de otra manera no se pudiesen vengar. Envio tambien sin estos indios á ciertos españoles por tres caminos que se descubrian, y que todos iban á dar segun despues se supo, á las labranzas y maizales del pueblo, y así los llevó el camino á donde estaban muchos indios, con los cuales escaramuzaron por traer alguno al capitan que lo examinase en el lugar; y ellos dijeron como todos los de aquella tierra y sus comarcas se andaban juntando para pelear con todo su poder y fuerzas, y dar batalla á aquellos pocos forasteros, y matarlos y comérselos como enemigos y salteadores: dijeron mas, que tenian concertado entre sí, que si fuesen vencidos por mala dicha suya, de servir en adelante como esclavos á señores. Cortés los envió libres como á los otros, y á decir á la junta y capitanes que no se pusiesen en aquello, que era locura pensar vencer, ni matar aquellos pocos hombres que allí veian, y que si no peleaban y dejaban las armas, él les prometia tenerlos y tratarlos como á hermanos y buenos amigos; y si perseveraban en la enemiga y guerra, que él los castigaria de tal manera, que de allí adelante jamas tomasen armas para semejante gente, como él y sus españoles. Con lo que estos mensajeros dijeron allá ó por espiar algo, vinieron otro dia veinte personas de autoridad y principales entre los suyos al pueblo: tocaron la tierra con los dedos y alzaronlos al cielo, que es la salva y reverencia que acostumbran hacer, y dijeron al capitan Cortés, que el señor de aquel pueblo y otros señores vecinos y amigos suyos, le enviaban á rogar que no quemase el lugar, y que le traerian mantenimientos. Cortés les dijo, que no eran hombres los suyos que se enojaban con las paredes, ni aun tampoco con los otros hombres, sino con muy grande y justa razon, ni habian venido allí para hacer mal, sino para hacer bien, y que su señor viniese y conoceria presto cuanta verdad les decia en todo aquello, y cuan en breve él y los suyos sabrian grandes misterios y secretos de cosas jamas llegadas á sus noticias, conque mucho se holgaron. Con es-

to se volvieron aquellos veinte embajadores ó espías, diciendo que tornarian con la respuesta, y así lo hicieron porque á otro dia trajeron algunas vituallas, y escusáronse que no traian mas á causa de estar la gente derramada y emboscada de temor, por las cuales no quisieron paga sino ciertos cascabeles y otras bujerías así. Dijeron asimismo que su señor en ninguna manera vendria, porque se habia ido de miedo y vergüenza á un lugar fuerte y lejos de allí, mas que enviaria personas de crédito y confianza con quien pudiese comunicar lo que quisiese; y que en cuanto á las cosas de comer, que él enviase enhorabuena á buscarlas y comprarlas. Cortés se holgó mucho con esta respuesta por tener ocasion y justa causa de entrar por la tierra, y saber el secreto de ella. Despidiólos pues, y avisólos que otro dia iria con su gente por bastimentos para su ejército, que lo publicasen entre los naturales para que tuviesen todo recaudo de comida, pues habian de ser pagados bien. Lo uno y lo otro era cautela; porque Cortés no lo hacia tanto por el comer, quanto por descubrir oro que hasta allí habia visto poco, y los indios andaban temporizando hasta haberse juntado todos con muchas armas. A otro dia de mañana ordenó Cortés tres compañías de ochenta españoles cada una, y dióles por capitanes á Pedro de Alvarado, Alonso de Avila, y Gonzalo de Sandoval, y algunos indios de Cuba para servicio y carga, si hallasen maiz ó aves que traer. Enviólos por diferentes caminos, y mandó que no tomasen nada sin pagar, ni por fuerza, y que no se desviasen mas de legua y media ó dos leguas, porque con tiempo pudiesen tornarse al pueblo á dormir, y él se quedó con los otros españoles á guardar el lugar y la artillería. El un capitán de aquellos acertó á ir con su bandera á una aldea donde estaban infinitos tabascanos en armas guardando sus maizales. Rogóles que le diesen ó trocasen á cosas de rescate de aquel maiz: ellos dijeron que no querian, que para sí se lo habian menester; sobre esto echaron manos á las armas los unos y los otros, y comenzaron una brava cuestion; pero como los indios eran muchos mas que los españoles, y descargaban en ellos innumerables saetas conque los herian malamente, retrajéronlos á una casa. Allí se defendieron los nuestros muy bien, aunque con manifesto temor y peligro de fuego, y cierto perecerian allí todos ó los mas, si los otros caminos por donde echaron las otras dos compañías no respondieran á aquellas rozas y labranzas; pero quiso Dios que llegasen casi á un tiempo los otros dos capitanes á la misma aldea, al mayor hervor y grita que los indios tenian en combatir la casa donde estaban cercados los ochenta españoles, y con su venida dejaron los indios el combate, y arremolináronse á una parte conque salieron los cercados y se juntaron con los otros españoles, y echaron á andar ácia el lugar escaramuzando todavía con los enemigos que los venian flechando. Cortés iba ya con cie-

hombres compañeros y con la artillería á socorrerlos, porque dos indios de Cuba vinieron á decirle el peligro en que se quedaban aquellos ochenta españoles. Topólos á una milla del pueblo, y porque aun venian los enemigos dañando en los traseros, hízoles tirar dos falconetes conque se quedaron sin pasar de allí, y él se metió con todos los suyos en el pueblo: murieron este dia algunos indios, y fueron heridos muchos españoles malamente.

CAPITULO 20.

En que se cuenta la batalla de Cintlaotzintla que tuvo Cortés y los suyos con los indios cintlanos.

No se durmió aquella noche Cortés, antes hizo llevar á las náos todos los heridos, ropa y otros embarazos, y sacar los que guardaban la flota y trece caballos, lo cual se hizo antes que amaneciese, pero no sin que lo sintiesen los tabascanos. Cuando el sol salió ya habia oido misa, y tenia en el campo cerca de quinientos españoles, los trece caballos, y seis tiros de fuego. Estos caballos fueron los primeros que entraron en aquella tierra que ahora llaman Nueva España. Ordenó la gente, puso en concierto la artillería, y caminó ácia Cintla, donde el dia antes fué la riña, creyendo que allí hallaria los indios, y tambien ellos. Cuando los nuestros llegaron comenzaban á entrar en camino muy en ordenanza, y venian en cinco escuadrones de ocho mil cada uno; y como donde se toparon eran barbechos y tierra labrada, y entre muchas acequias y rios hondos y malos de pasar, se embarazaron los nuestros y se desordenaron, y Fernando Cortés se fué con los de á caballo á buscar mejor paso sobre la mano izquierda, y á encubrirse en unos árboles, y dar por allí como de emboscada en los enemigos por las espaldas ó lado. Los de á pie siguieron su camino derecho, pasando á cada paso acequias y escudándose porque los contrarios les tiraban, y así entraron en unas grandes rozas labradas y de mucha agua, donde los indios como sabian los pasos que estaban buenos y hechos á saltar las acequias, llegaron á flechar y aun á tirar varas y piedras con honda; de manera que aunque los nuestros hacian daño en ellos y mataban algunos con ballestas y escopetas, y con la artillería cuando podía jugar, no los podian echar de sobre sí, porque tenían amparo en árboles y valladares, y si de industria los de Pontóchan esperaron en aquel mal lugar, como es de creer, no eran bárbaros ni mal entendidos en la guerra. Salieron pues de aquel mal paso, y entraron en otro algo mejor, porque era espacioso y llano, y con menos rios, y allí se aprovecharon mas de las armas de tiro que daban siempre en lleno, y de las espadas que llegaban á pelear cuerpo á cuerpo; pero como eran